

De púrpura y oropel  
En traje resplandeciente  
Besa otra sombra su frente  
Y la cibe de laurel.

«Yo soy—dice—la ambición;  
Más, si grande quieres ser,  
A mi lado, es menester  
Que no tengas corazón:

¿Amar a alguno? Jamás  
Un ambicioso lo ha hecho;  
Que el corazón en su pecho  
Es una víscera más.

Los hombres le causan risa  
Si los burla con engaños;  
Que los hombres son peldaños...  
Y al peldaño se le pisa.»

Y  
Dijo; y el joven se deshace en llanto,  
Y siente en su interior rudo combate,  
Que por aniar, el corazón le late;  
Más, los laureles le deslumbran tanto....

«¡Ay niño! Del corazón,  
¿Cuál tu destino va a ser,  
Si te tientan el placer,  
La soberbia y la ambición?  
¿Dónde vas sin rumbo cierto  
Rotos de mi amor los lazos?  
Ven de tu madre en los brazos;  
¡Esta es, de salud, el puerto!

En el ambiente letal  
Del mundo, con la inocencia  
Vas a comprar la experiencia:  
Árbol del bien y del mal.

Y ojalá cuando taladre  
Tu corazón el dolor,  
Vengas a llorar su error,  
A los brazos de tu madre.»

Bañada la madre en llanto,  
Mociendo al hijo en su seno,  
Con ritmo de pena lleno  
Así termina su canto:

«Pájaro que el nido deja  
Y por los aires se aleja....  
Dónde va?  
Del hijo que amante abrazo,  
Cuando deje mi regazo....  
¿Qué será?

José Villanueva  
ABOGADO  
Profesor del Colegio Conquense

Cuenca Noble.—1921.

La manera más directa de educar a la niñez fuera de la escuela, es apartándole de las lecturas inmorales y darle en cambio algún periódico instructivo y ameno. Entre estos tiende a colocarse EL ESCOLAR.

## Sección recreativa

Cuentos de "El Escolar."

### Periquín, pacifista

Daban las doce en el torreón del castillo de los Duques, próximo a la escuela, cuando en la ancha plaza, en que está enclavada, empezó a desbordarse una turba inmensa de chiquillos, alegres por sus años y sus pocas preocupaciones.

Un grupo de mayorcitos, compuesto por 10 o 12 prorrumpió en salvos de aplausos, dirigidos sin duda a un zapazuelo, vivaracho rubiales de unos 13 años, que subido en uno de los muchos sillares existentes en la plaza y que sirven de rústicos asientos, dirigía la palabra a un grupo, que por momentos aumentaba.

Allí, sólo se veían niños atentos a las ideas lanzadas por su compañero, al que llamaban *Periquín*.

Cuando se oyeron los primeros aplausos, *Periquín*, con aire de gran orador, había lanzado un aserto impropio de su edad y que a muchos les hizo indignarse contra los militares y a otras reir-se de la filosofía infantil del novel orador popular.

«La guerra es la ruina nuestra—decía—y la de todos los pueblos. En la guerra, mueren aquéllos que con su trabajo logran arrancar de la tierra los productos necesarios para nuestro alimento. Vosotros sabéis, como yo, que aquel *mozazo*, a quien llamábamos *Goliat* y que estaba cá la *tía* Pascasia, de panadero, lo mataron los del sabie arrastra, los *militares* y tuvo que ir a buenas o a malas a la guerra; y cuando él creía que iba a matar a los de *Abekrim* o *Abd-el-Krim*, como le llamen, le tiraron con un cañón un *peazo* plomo, y *chas...* *Goliat* al suelo, como cayó el otro por la *pedra* de David.

¿Y qué? diréis vosotros. Mucha, compañeros del colegio de *D. Pedrito*; porque como era el único panadero del pueblo ahora nos tenemos nosotros que hacer una masa, que llamamos pan y es todo menos eso; y va para largo... hasta que venga *Rebustiano*, el de N...

¿Luego veis como la guerra trae nuestra ruina? ¿No veis que antes el pan lo comprábamos por ocho *perricas*, y ahora nos cuesta, el hacerlo y dos *caemines* de harina, que valen dos pesetas? Luego bien se ve los *prejuicios* de la lucha entre hombres....

—Y entre hombres y animales—aseguró un *mozalbeta* moreno embelesado en el discurso.

—Tienes razón, *Tulipa*—prosiguió el orador.—Pero de esa otra lucha bárbara y sangrienta ya hablaremos otro día. Hoy, solo debemos mirar la situación de nuestros hermanos que mueren en lucha con otros también hermanos; y por tanto lancemos el grito, diciendo que la guerra es una